

¡Viva Felipe!



Alan Stoga
Presidente de Zemi
Communications
www.zemi.com

LA ACCIDENTAL coincidencia entre el traspaso del mando de Fidel Castro y la elección de Felipe Calderón tiene el potencial de remapear la geografía política de América Latina.

No importa si Fidel está vivo o muerto. Cuando su obituario se publique dirá que, por un lado, transformó Cuba; y por el otro, impidió la modernización de su país. En términos económicos, éste pudo haber sido otro Puerto Rico o incluso otra Florida, pero se parece más a República Dominicana o una de las otras economías pobres de la región.

La real importancia de Fidel es que puso a Cuba, un minúsculo país sin recursos naturales, en el mapa geopolítico global y lo mantuvo allí por cinco décadas con nada más que la fuerza de su propia voluntad. Nadie más ha logrado algo similar en la era moderna. No importa si Raúl Castro se mantiene en el poder, es sucedido por una junta o por un gobierno elegido democráticamente. La importancia de Cuba en la política regional y global morirá con Fidel. Eso beneficiaría a millones de cubanos cuyo subdesarrollo fue el costo del sustento de Fidel en el escenario global mucho tiempo después de que sus aliados en la Unión Soviética y el mundo comunista colapsaran.

Pero es probable que la salida de Castro, como toda su vida, tenga consecuencias más allá de la pequeña isla. La víctima más inmediata será Hugo Chávez. Mientras los altos precios del petróleo lo salven de la desaparición, Chávez sin Castro se convertirá sólo en otro sheik petrolero con más dinero que sentido común. Si alguna vez Castro hubiera tenido la riqueza de Venezuela, podría haber cambiado el curso de América Latina. Pero Chávez carece de historia, visión y carisma para sostener un proyecto propio de tal envergadura. Mientras es probable que los venezolanos terminen sufriendo de las desilusiones de Chávez por muchos años, su impacto más amplio será sepultado junto con Fidel.

En contraste, la victoria de Felipe Calderón en México podría traer el principio de una nueva era en México y en la región. Contra todos los designios, derrotó al populista de izquierda Andrés Manuel López Obrador, que parecía estar atravesando por la misma corriente histórica que llevó a Lula, Chávez, Kirchner, Morales, Vázquez, e incluso a García y Bachelet, a la presidencia de sus países.

López Obrador no sólo ha sido un carismático político que movilizó a la gente, sino que se posicionó a sí mismo como el campeón de los mexicanos

pobres y excluidos por las incompletas modernizaciones económicas de Salinas, Zedillo y Fox. Les dijo que les conseguiría mejores condiciones, como lo había hecho para los marginados residentes de Ciudad de México cuando era su jefe de gobierno, usando la retórica de la lucha de clases para movilizar a sus simpatizantes. Insistió en que el modelo neoliberal ha aumentado la degradación social en beneficio de unos pocos hombres de negocios corruptos y propuso que México volviera a la estrategia basada en la distribución de combustibles.

Del otro lado, Felipe Calderón destituyó al sucesor predilecto de Fox en las primarias de su partido y luego corrió una campaña centrista basada en el rigor de la ley, la creación de trabajo y un gobierno de manos limpias. Lo que no tenía en carisma lo compensó con un mensaje coherente de que el único futuro de México era encontrar su lugar en la economía global. En menos de un año pasó de ser un político desconocido al ganador el 2 de julio.

¿Por qué ganó Calderón? Porque, en contra de la sabiduría convencional, la mayoría de los mexica-

Calderón ganó diciendo que el futuro de México es encontrar su lugar en la economía global.

nos no son pobres ni resentidos, sino que se ven a sí mismos como personas de clase media o con aspiraciones de serlo. Dos tercios de los 42 millones de votantes rechazaron la retórica de López Obrador, escogiendo candidatos con propuestas basadas en hacer que el sistema trabajara. Y el mensaje optimista de Calderón encontró resonancia.

Por supuesto, López Obrador ha rechazado su rechazo. Pero, mientras su protesta se hace cada vez más fuerte y perjudicial, su apoyo entre los mexicanos –incluso en las calles que él clama como suyas– está claramente a la baja.

La idea de que México está en el camino de transformarse en un país de clase media es profundamente radical en América Latina. Ciertamente, Calderón no es Castro –ese era el rol autoasignado de López Obrador–, pero si tiene éxito en liderar a su país a un nuevo nivel de riqueza y prosperidad, podría tener el impacto transformador que el Comandante buscó, pero nunca encontró. ■